

El realismo mágico en la expedición amazónica de Orellana

A lo largo de los últimos cincuenta años, las expresiones «realismo mágico» y «real maravilloso» han circulado íntimamente unidas al desarrollo de la narrativa hispanoamericana actual.

En 1932, Jorge Luis Borges, sin detenerse en la explicación del concepto, habló ya de «realismo fantástico», expresión que no llegó a triunfar en la moderna historia literaria, pero que sí puso de manifiesto el deseo de compaginar dos ideas aparentemente incompatibles desde el punto de vista racionalista: «realidad» y «fantasía».

Creo que fue el venezolano Arturo Uslar Pietri quien empleó por primera vez la denominación «realismo mágico» al referirse al cuento en sus *Letras y hombres de Venezuela*, en 1948.

Por su parte, de 1949 data la aparición de *El reino de este mundo* del cubano Alejo Carpentier. En su breve e interesantísimo «Prólogo», recuerda su viaje a Haití, de 1928 y nos habla de lo «real maravilloso americano»:

A cada paso hallaba lo real maravilloso. Pero pensaba, además, que esa presencia y vigencia de lo real maravilloso no era privilegio único de Haití, sino patrimonio de la América entera, donde todavía no se ha terminado de establecer, por ejemplo, un recuento de cosmogonías¹.

Poco después, terminaría preguntándose:

¿Pero qué es la historia de América toda sino una crónica de lo real-maravilloso?².

Lo «real maravilloso», el «realismo mágico» o el «realismo fantástico», impregnará las más bellas y memorables páginas de Miguel Ángel Asturias, de Alejo Carpentier, de Juan Rulfo, de Augusto Roa Bastos, de Mario Vargas Llosa o de Gabriel García Márquez.

¹ Alejo Carpentier: *El reino de este mundo*, Buenos Aires, Quetzal, 1977, pág. 13.

² Op. Cit., pág. 15.

Y, sin embargo, lo que todos ellos hicieron no fue sino sacar del olvido donde lo había sumido la obsesión cartesiana de la cultura decimonónica, algo que no deja de ser una de las más intensas constantes de la literatura de Hispanoamérica desde el mismo instante de su nacimiento: la transmisión del asombro producido por una realidad que supera en fantasía, en ocasiones, a la propia imaginación.

Tal actitud se encuentra tan generalizada entre los numerosos cronistas del siglo XVI, que se convertirá en uno de los rasgos diferenciadores básicos entre la riquísima historiografía indiana y las historias escritas sobre los coetáneos acontecimientos europeos.

En el *Diario de a bordo*, el día 13 de octubre de 1492, ya mostraba Colón su admiración por las canoas antillanas de la siguiente manera:

Ellos vinieron a la nao con almadias, que son hechas del pie de un árbol, como un barco luengo, y todo de un pedazo, y labrado muy a maravilla según la tierra, y grandes, en que en algunos venían 40 y 45 hombres, y otras más pequeñas, hasta haber de ellas en que venían un solo hombre. Remaban con una pala como de hornero, y anda a maravilla...³

Tres días más tarde, al desembarcar en la Fernandina, actual isla Long, escribirá:

Y vide muchos árboles muy diferentes de los nuestros, y de ellos muchos que tenían los ramos de muchas y todo en un pie y un ramito es de una manera y otro de otra; y tan disforme, que es la mayor maravilla del mundo cuánta es la diversidad de la una manera a la otra. (...) Aquí son los peces tan disformes de los nuestros que es maravilla. Hay algunos hechos como gallos, de los más finos colores del mundo, azules, amarillos, colorados y de todos colores, y otros pintados de mil maneras, y los colores son tan finas, que no hay hombre que no se maraville y no tome gran descanso a verlos⁴.

Y el domingo, día 21, alude a la Isabela, actual isla Crooked, en los siguientes términos:

Aquí es unas grandes lagunas, y sobre ellas y a la rueda es el arbolado a maravilla, y aquí y en toda la isla son todos verdes y las hierbas como en el abril en el Andalucía; y el cantar de los pajaritos, que parece que el hombre nunca se quería partir de aquí, y las manadas de papagayos que oscurecen el sol; y aves y pajaritos de tantas maneras y tan diversas de las nuestras, que es maravilla⁵.

Maravilla y *maravilloso* son vocablos que se repetirán con insistencia a lo largo de todo el *Diario* y, como acabamos de ver, para referirse, tanto a aspectos antropológicos, como a otros de índole naturalista, como árboles, hierbas, aves y peces. ¿No constituye todo ello un reflejo completo de la naturaleza americana?

Pero el Almirante, con ser el primero, no fue el único, ni mucho menos, que nos manifestó su admiración por las «maravillas» del continente.

El madrileño Gonzalo Fernández de Oviedo, quien tantas veces cruzara el Atlántico y que vivió en la costa oriental de la actual República de Colombia como «veedor de las fundiciones del Darién en Tierra Firme», queda de tal manera impresionado por el mundo americano que, antes de componer su *Historia General y Natural de las Indias*, ya evidencia su fino sentido naturalista cuando escribe en fecha temprana

³ Cristóbal Colón: *Diario de a bordo, Crónicas de América, Madrid, Historia 16, 1985, pág. 92.*

⁴ Op. Cit., pág. 99.

⁵ Op. Cit., pág. 104.

el *Sumario de la Natural Historia de las Indias*, dirigido al Emperador y desde cuyo principio declara:

Lo cual (la narración de las cosas de Indias) visto y examinado en el Consejo de las Indias, S.M. mandó que fuese impreso porque a todos los hombres fuesen notorias tan grandes e maravillosas e nuevas cosas⁶.

Y después, por ejemplo, en el capítulo XXXVII, entre otros muchos casos análogos, podemos leer con referencia a la costa panameña:

Sabrá Vuestra Majestad que allí, como atrás se dijo, cresce y mengua aquella mar del Sur dos leguas y más, de seis en seis horas (...) E cuando viene la dicha creciente, viene con ella tanta sardina, que es cosa maravillosa y para no poder creer la abundancia de ella sin lo ver⁷

Por su parte, Hernán Cortés, ya en la primera de sus *Cartas de Relación*, alude a las ropas que le obsequió Moctezuma señalando:

Había ropas de hombres y de mujeres muy maravillosas⁸.

Y, apenas unas líneas después, añade:

Porque para dar cuenta, muy poderoso señor, a vuestra real excelencia, de la grandeza, extrañas y maravillosas cosas de esta gran ciudad de Temixtitlán (...) algunas cosas bien sé que serán de tanta admiración que no se podrán creer⁹.

Claro está que la misma realidad ofrecía a los ojos de estos informadores otros aspectos que, no por negativos, dejaban de ser «extraños» y «fantásticos»:

Y tienen otra cosa horrible y abominable y digna de ser punida que hasta hoy (no he) visto en ninguna parte, y es que todas las veces que alguna cosa quieren pedir a sus ídolos, para que más aceptación tenga su petición toman muchas niñas y niños y aun hombres y mujeres de mayor edad, y en presencia de aquellos ídolos los abren vivos por los pechos y les sacan el corazón y las entrañas, y queman las dichas entrañas y corazones delante de los ídolos, ofreciéndoles en sacrificio aquel humo. Esto hemos visto algunos de nosotros, y los que lo han visto dicen que es la más terrible y espantosa cosa de ver que jamás han visto¹⁰.

Bernal Díaz del Castillo, cuando desde su ancianidad guatemalteca recuerda las circunstancias que vivió en sus años de soldado junto a Cortés, alude a ellas en el «Prólogo» de su *Historia* con el anuncio a los lectores:

En la cual historia hallarán cosas muy notables y dignas de creer¹¹.

Años más tarde, Pedro Cieza de León, con referencia al Perú, se preguntará:

¿Quién podrá decir las cosas grandes y diferentes que en él son, las sierras altísimas y valles profundos por donde se fue descubriendo y conquistando, los ríos tantos y tan grandes, de tan crecida hondura; tanta variedad de provincias como en él hay, con tan diferentes calidades; las diferencias de pueblos y gentes con diversas costumbres, ritos, ceremonias extrañas; tantas aves y animales, árboles y peces tan diferen-

⁶ Gonzalo Fernández de Oviedo: *Sumario de la Natural Historia de las Indias*, edición facsímil, Madrid, Espasa-Calpe, 1978, folio l v.

⁷ Op. Cit., folio XXVII.

⁸ Hernando Cortés: *Cartas de Relación, Crónicas de América*, Madrid, Historia 16, 1985, pág. 130.

⁹ Op. Cit., pág. 131.

¹⁰ Op. Cit., pág. 10.

¹¹ Bernal Díaz del Castillo: *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España, Crónicas de América*, Madrid, Historia 16, 1984, tomo A, pág. 65.

tes e ignotos? Sin lo cual, ¿quién podrá contar los nunca oídos trabajos que tan pocos españoles en tanta grandeza de tierra han pasado?¹².

También Fray Toribio de Benavente, al describirnos las fiestas del Corpus del año 1538 en Tlascala, aludirá a la escenografía preparada por los indígenas como a una cosa maravillosa de ver¹³.

Idéntica actitud mantendrá el Inca Garcilaso, cuando desde España recuerda la tierra peruana en la que discurrió su infancia. Y, así, con evidente deje de añoranza, exclamará: Maravillosos edificios hicieron los Incas, reyes del Perú, (...) ¹⁴.

Y, poco después, refiriéndose a la fortaleza del Cuzco, añadirá aún:

Cuyas grandezas son increíbles a quien no las ha visto, y al que las ha visto y mirado con atención le hacen imaginar, y aun creer, que son hechas por vía de encantamiento y que las hicieron demonios y no hombres ¹⁵.

Todos estos ejemplos, seleccionados al azar, bastan para darnos una idea de la frecuencia con la que se nos ofrece una plena consciencia de que lo «maravilloso» forma parte de la realidad americana, desde el primer contacto mantenido por el hombre europeo con el mundo americano.

Desde el punto de vista literario, esta presencia de lo fantástico es tanto más digna de ser destacada si consideramos que ocurre en unos momentos en los que la novela caballescica impera entre los lectores, con toda su carga de países imaginarios, de naturalezas irreales, de poderes sobrehumanos, de seres extraños y monstruosos.

Sin embargo, los cronistas de Indias se limitan a observar el mundo que les rodea, cuyos paisajes, productos, habitantes e historias, superan en mucho a gran parte de las fantasías caballescicas, como tendremos ocasión de comprobar en las páginas que siguen.

A ello aludía don Emiliano Jos en los siguientes términos:

Los prodigiosos hechos realizados desde fines del siglo XV en menos de media centuria, o sea, desde 1492 con el descubrimiento de América, hasta el año de 1538 con la conquista del Nuevo Reino de Granada, prepararon de modo inmejorable el campo de la ilusión para que en él arraigasen las más fantásticas creencias en incógnitos y opulentos reinos ¹⁶.

Esta es, en cierto modo, la clave que dará lugar a las aventuras de las que nos ocupamos a continuación.

La inmensidad del centro continental americano, la inabarcable selva amazónica, sigue siendo un misterio en pleno siglo XX, no obstante las numerosas posibilidades técnicas con las que se cuenta en la actualidad, de manera especial en lo concerniente a comunicaciones.

La navegación fluvial es aún el dominante medio de transporte en toda la región. Pero, como es sobradamente conocido, se trata de ríos cuya configuración cambia según la época del año.

¹² Pedro Cieza de León: La crónica del Perú, *Crónicas de América*, Madrid, Historia 16, 1984, pág. 58.

¹³ Fray Toribio de Benavente: Historia de los indios de la Nueva España, *Crónicas de América*, Madrid, Historia 16, 1985, págs. 128-129.

¹⁴ Inca Garcilaso de la Vega: Comentarios Reales de los Incas, BAE, Madrid, Atlas, 1963, vol. 133, pág. 284.

¹⁵ Op. Cit., pág. 284.

¹⁶ Emiliano Jos: La expedición de Ursúa al Dorado y la rebelión de Lope de Aguirre, según documentos y manuscritos inéditos, *Huesca, Talleres Gráficos y Editorial V. Campo*, 1927, pág. 53.